

MUSEOS DIOCESANOS

DISCURSO EN LA INAUGURACIÓN DEL DE TARRAGONA POR EL
EXCMO. E ILMO. SR. ARZOBISPO DR. D. ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ

(CONCLUSIÓN)

Todo el que tenga espíritu patriótico habrá de temblar pensando lo que el día de mañana, en poder de herederos quizás codiciosos o necesitados, poco instruidos o despreciadores de la antigüedad, será de sus colecciones o de sus objetos interesantes para el arte y la historia de la patria. Contra esta se comete un crimen si no se toman todas las medidas para poner a salvo lo que atestigua sus vicisitudes, evoluciones y progresos, lo que está incorporado a su vida, lo que es fragmento de su grandeza o signo de su decaimiento, lo que de algún modo puede darnos a conocer los rasgos de su fisonomía en las edades pasadas. «Tanto, por lo menos, decía Navarro Ledesma (1), como un pedazo de tierra conservado y retenido a fuerza de sacrificios enormes tan sólo por el honor de la patria, debe estimarse el cuadro en que se muestra un estado de cultura o el utensilio en que se descubre la raíz de un uso o de una costumbre nacional.»

En artículo rotulado «El Museo Arqueológico de Pontevedra» (2), ponderaba el Sr. Saralegui Medina las dificultades que hubo para formarlo, «tomando en consideración las dificultades que ofrece a la realización de este orden de manifestaciones de la moderna cultura el estado de relativo atraso y de común indiferencia por el progreso de las antigüedades locales en que desgraciadamente nos encontramos

(1) *Necesidad de una ley de antigüedades*, en la Revista de Archivos.

(2) *Revista Crítica de Historia y Literatura*.



hasta ahora, quizá menos todavía en Galicia que en otras varias regiones de la España de nuestros días». A mí su-cédeme todo lo contrario, y, principiando por el virtuoso e inteligente Cabildo catedral, sólo facilidades, entusiasmos y ayuda encuentro.

Yo propio, en la escasa medida de mi posibilidad, comencé a dar algún ejemplo. Había en Palacio, guardados perfectamente, pero sin que constaran en inventario ninguno, ornamentos sacerdotales, recogidos cuando se decretó la extinción general de los conventos, cuyo precio no se puede calcular. Su enajenación factible fuera sin dificultades ni publicidad alguna. Para ella parecía haber causa de patriotismo y de piedad y caridad cristiana, cuando tantas atenciones nacionales, religiosas y benéficas solicitan la generosidad de los Prelados, cuyas dotaciones apenas les permiten vivir con el decoro que su dignidad requiere. No obstante, creí no podía nada mejor hacer que llevarlos al Museo, lo mismo que un copioso monetario cedido a la Mitra por el actual Chantre y sus coherederos. En él están también por donación mía, pues eran de mi propiedad particular, un no despreciable retrato de Benedicto XIII y una tabaquera y una silla con el escudo de armas del Arzobispo tarraconense D. Juan Terés, Virrey de Cataluña en tiempo de Felipe III. La distinguida familia Vilalta, de Valls, con cuya amistad me honro desde hace muchos años, en cuanto supo que se admitían donativos para el Museo en proyecto, los aportó muy valiosos de bronce, cobre y tela; y enumerar los que después individuos y colectividades han traído como donación o depósito, sería prolijo: sus nombres constan en la prensa local y procuraré que no se borren de mi memoria para pedir frecuentemente a Dios les premie su generosidad.

La confianza abrigo de que en cada aniversario que se celebre de su fundación, podrá darse cuenta de nuevas importantísimas adquisiciones. Espacioso como es el local, sus amplias salas resultarán pronto exiguas; y las piedras que allí puse habrá que trasladarlas a inmediatas dependencias para que dejen sitio a lo que necesite permanecer más seguramente custodiado. A eso es debido que deje donde están

las lápidas empotradas en las paredes del Palacio arzobispal y del claustro del templo metropolitano, a pesar del contrario consejo de algunas personas peritas; aparte de que mi principal propósito es reunir, para conservarlo, lo que se halle en peligro de perderse, no lo que esté bien guardado y seguro. Deseo formar una colección nueva sin menoscabo de ninguna de las existentes.

El nombre de Museo cristiano, con que se designa por lo común el de Vich, se me antoja demasiado genérico, así como lo sería el de Museo eclesiástico; y el de episcopal o catedral o capitular con que algunos arqueólogos pretenden llamar estas colecciones, sobre ser impropio, se me figura restringido con exceso.

Le llamo diocesano, porque no habrá allí cosa de fuera de la diócesis y porque quiero que sea propiedad y honor de ella. La cual, considerándolo como título de honra, no dejará de contribuir con esplendidez a su mejoramiento, aumentando el valor y el número de sus colecciones. Los muchos cientos de ejemplares con que ya cuenta, no tardarán en convertirse en miles, si los párrocos visitan las casas de sus feligreses en busca de objetos de Museo, para que los cedan generosamente o en él los depositen o se presten a la enajenación, a la cual destinaré cuanto dinero me sea posible; y, sobre todo, si la prensa tarraconense, siempre culta y patriótica, hace propaganda en favor de la naciente institución, que viene al mundo de la ciencia para enriquecer los múltiples nobilísimos blasones de la aristocrática ciudad, bajo cuya salvaguardia la pongo, seguro de que estimará, si no el resultado, la intención y el deseo.

Claro que para su sostenimiento, para personal y para conservación y reparación del material de la misma, será preciso hacer algunos gastos. Pero Dios ayudará. El señor García de Concellón observaba que todos los gastos de un Museo diocesano (1) podían sufragarse «con sólo el producto de la entrada, que habría de ser mediante una cantidad módica en la mayor parte de los días y gratuitamente en al-

(1) Los Museos diocesanos en la revista *Pro-Patria*.

gunos. Si con esto no bastase, habría lugar a reclamar del Estado alguna subvención, seguramente merecida y útil como pocas». Muy apurado habría de verse el Museo para que yo pidiera el apoyo del Gobierno a fin de salvarlo. El que paga, manda, se dice vulgarmente. Tras el dinero del Estado, vendría su intervención. Y aunque yo no puedo ser partidario de que él y la Iglesia se separen, creo que no debemos esperar todo de su auxilio y a mí me gusta tener con él las menos cuentas posibles.

En cuanto a cobrar por la entrada, me parece recurso únicamente en último extremo utilizable. La falta de dinero no puede ser obstáculo para gozar de la contemplación artística. Yo, que juzgo un mal, siquiera a veces hasta ahora fuese inevitable, el que se cobre por las sillas de las iglesias, y estoy pensando en prohibir hacer petición alguna en los templos a pesar de la costumbre contraria, ¿cómo en un Museo fundado por mí había de hacer distinción entre pobres y ricos, y no dejar igualmente, gratuitamente, la entrada libre a todos? Ya sé, por experiencia, que no sucede así en el extranjero; también para visitar el tesoro de algunas catedrales españolas se exige hoy determinada cantidad. Respeto lo que los otros hacen; pero hacer lo mismo pareceme que en Tarragona no es necesario. Tampoco el Estado cobra por la entrada en los Museos provinciales. Si no lo hace así con algunos otros, demos gracias a Dios de que la Iglesia, tan empobrecida, pueda ser más generosa.

Cuando el Marqués de la Vega Inclán, a quien tanto debe el arte español, erigió en la casa del Greco, de Toledo, un Museo notabilísimo, púsole «bajo la intervención técnica de un Patronato, compuesto de las personas de más valía en materias de arte (1).» Yo, para elegir los ejemplares de que el Museo se nutra, para catalogarlos y clasificarlos y darles colocación conveniente y retirar a otro departamento, cuando sean muy numerosos, los menos importantes; para asesorar acerca de los que más interés adquirir, de cuáles y en cuán-

(1) *El Museo del Greco, de Toledo*, por el Conde de Cedillo y D. Aureliano de Beruete.

to precio pudiera ser quizá preciso vender los de alguna iglesia y en qué forma restaurar los de otras; para que, juntamente con su trabajo y con las luces que al metropolitano presten en las investigaciones y adquisiciones arqueológicas, den honor, prestigio y realce a la institución que ahora presento al público, he nombrado una Junta pericial consultiva, a cuyos individuos, para elogio, basta el nombre: el canónigo Sr. Balcells, el párroco Sr. Valls, el catedrático de Arqueología en el Seminario Padre Puigdexens, el director del Museo provincial Sr. Arco, el arquitecto diocesano Sr. Salas, el secretario de la Arqueológica Sr. Ruiz Porta, el profesor de Historia en el Instituto Sr. Montes, y el de la misma asignatura en la Normal Sr. Vidal Parera.

Aunque muy competente el director actual, Sr. Bofarull, pienso poner por conservador del Museo persona cuya competencia se haya probado ante el público y se halle sancionada por un tribunal.

En la bendición del cielo que solemnemente mañana con las preces litúrgicas impetraré para la nueva obra, está mi mayor confianza de que su vida será bonancible, tan larga, como la de la misma ciudad, y de año en año más rica y más digna de elogio. Esos son mis votos muy fervientes. Nada deseo tanto como la grandeza y el lustre de la capital de mi amadísima archidiócesis, y a este fin parecióme conduciría algo la creación de un Museo de antigüedades sagradas. Yo puse el cimiento; la diócesis continuará el trabajo. Yo planté el árbol en la mejor de las tierras, en este suelo formado por las ruinas de monumentos los más bellos y grandiosos; el tiempo, con el sol de las bendiciones celestiales, con la lluvia de donativos y depósitos de mis queridos fieles, le dará espléndida primavera de gloriosos florecimientos y ubérrimos frutos de amor a la Iglesia, madre y maestra del arte, de vulgarización de los conocimientos estéticos, de provecho para los estudiosos y de adelanto en la cultura general.
